# Francisco Fernández Carvajal

Trigésimo Domingo
ciclo a

CREADOS PARA LA ALEGRÍA

— El Señor quiere discípulos alegres. Lo necesario para conseguir la felicidad «no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado».

— El primer mandamiento y la alegría.

— Llevar la alegría a quienes Dios ha puesto cerca de nuestra vida.

I. La *Antífona de entrada* de la Misa[1] nos invita a la alegría y nos señala el camino para encontrarla: *Que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro*. Cuando no buscamos a Dios es imposible estar contentos. La tristeza nace del egoísmo, del afán de compensaciones, del descuido de las cosas de Dios y de las de nuestros hermanos los hombres..., de estar pendientes de nosotros mismos, en definitiva. Sin embargo, el Señor nos ha creado para la alegría. Nos quiere más alegres cuanto más cerca de Sí nos llama. Ya en el Antiguo Testamento se anuncia: *No temas, tierra; alégrate y gózate porque son muy grandes las cosas que hace el Señor... Alegraos y gozaos, hijos de Sión, en el Señor, vuestro Dios, que os dará la lluvia a su tiempo y hará descender sobre vosotros la temprana y la tardía de otras veces*[2].

Para nosotros los cristianos, la alegría es una verdadera necesidad. Cuando el alma está alegre se vierte hacia fuera y tiene alas para volar hacia Dios y para excederse en el servicio a los demás; un corazón alegre está más cerca de Dios, se dispone para llevar a cabo empresas grandes y es estímulo para sus hermanos. La tristeza paraliza los mejores propósitos de santidad y de apostolado, y oscurece el ambiente. Es un gran mal. Por eso, San Pablo repetía una y otra vez a los primeros cristianos: *Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos*[3]. Por otra parte, en medio de las fuertes contradicciones que estaban padeciendo, la alegría era su fortaleza y el mejor medio para atraer a otros a la fe.

La tristeza no se origina por dificultades o sufrimientos más o menos graves, sino por dejar de mirar a Jesús. Enseña Santo Tomás que este mal del alma es un verdadero vicio causado por el desordenado amor de sí mismo, y es causa de otros muchos males[4]. Es como una raíz enferma que solo produce frutos amargos. La tristeza origina muchas faltas de caridad, despierta el afán de compensaciones y permite, con frecuencia, que el alma no luche con prontitud en las tentaciones que provienen de la sensualidad.

«Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado»[5], pues la alegría es el primer efecto del amor, y la tristeza el fruto estéril del egoísmo, de la pereza..., del desamor, en definitiva. «La tristeza mueve a la ira y al enojo; y así experimentamos que, cuando estamos tristes, fácilmente nos enfadamos y nos airamos por cualquier cosa; y más, hace al hombre sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal modo que parece que quita el sentido y saca fuera de sí»[6]. El alma entristecida cae con facilidad en el pecado y se queda sin fuerzas para el bien; es camino cierto para la derrota. *Como la polilla al vestido, y la carcoma a la madera, así la tristeza daña el corazón del hombre*[7].

Si alguna vez sentimos que nos ronda esta mala enfermedad del alma, o que ya se ha introducido dentro, examinemos dónde tenemos puesto el corazón. «"Laetetur cor quaerentium dominum". —Alégrese el corazón de los que buscan al Señor.

»—Luz, para que investigues en los motivos de tu tristeza»[8]. ¡Qué difícil es estar triste –aun en medio del dolor, de la pobreza, de la enfermedad...– cuando de verdad andamos con la mirada puesta en el Señor, y somos generosos en lo que nos está pidiendo en esa situación, quizá humanamente difícil! Como San Pablo, podremos decir siempre: *estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en medio de las tribulaciones*[9]. Si buscamos realmente al Señor en nuestra vida, nada podrá quitarnos la paz y la alegría. El dolor purificará el alma, y las mismas penas se transformarán en gozo.

II. *Laetetur cor quaerentium Dominum...* que se alegren los corazones que buscan al Señor.

El Evangelio de la Misa de este domingo[10] invita a la alegría, porque es una llamada al amor. El mandamiento del amor es a la vez el de la alegría, pues esta virtud «no es distinta de la caridad, sino cierto acto y efecto suyo»[11]. De aquí que el índice de nuestra unión con Dios venga señalado por la alegría y el buen humor que ponemos en el cumplimiento del deber, en el trato con los demás, en el modo como llevamos el dolor y las contradicciones.

Cuando los fariseos se acercaron a Jesús para preguntarle por el mandamiento principal de la ley, Jesús les respondió: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Esto es lo que necesitamos: dirigirnos a Dios con todo lo que tenemos y somos, servir al prójimo, abrirnos a él, y olvidarnos de nosotros mismos, huir de la preocupación por estar más cómodos, dejar nuestra vanidad y el orgullo a un lado, poner la mirada lejos de nosotros..., amar.

Muchos piensan que van a ser más felices cuando posean más cosas, cuando sean más admirados..., y se olvidan de que solo necesitamos «un corazón enamorado». Y ningún amor puede llenar nuestro corazón, que fue hecho por Dios para alcanzar su plenitud en los bienes eternos, sin el Amor. Los demás amores limpios –los otros no son amores– adquieren su verdadero sentido cuando buscamos al Señor sobre todas las cosas. Por el contrario, ni el egoísta, ni el envidioso, ni quien tiene puesta su alma en los bienes de la tierra... gustarán de aquella alegría que prometió Jesús a los suyos[12], porque no sabrá querer, en el sentido más profundo y noble de la palabra. «Mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto: que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así, que, aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos a Dios. se nos hacen dulces»[13]. Todas las dificultades y tribulaciones son llevaderas de la mano del Señor.

III. *Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte... Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza*[14], rezamos al Señor con las palabras del *Salmo responsorial*.

En Él encontramos la seguridad y todo lo que necesitamos, también la alegría y la paz en cualquier situación por la que estemos pasando. Por eso, no dejaremos nunca de tratarlo personalmente, con intimidad, cada día. Mucho nos va en ello.

La alegría y la paz que bebemos en esa fuente inagotable que es Cristo, hemos de llevarlas a quienes Dios ha puesto más cerca de nosotros, a nuestros hogares, que no han de ser en ningún momento tristes, ni oscuros, ni tensos por las incomprensiones y los egoísmos, sino

«luminosos y alegres»[15], como fue aquel donde vivió Jesús con María y José. Cuando en el lenguaje habitual se dice «esa casa parece un infierno», enseguida se nos viene a la mente un hogar sin amor, sin alegría, sin Cristo. Un hogar cristiano debe ser alegre porque en él está el Señor que lo preside, y porque ser discípulos suyos significa, entre otras cosas, vivir esas, virtudes humanas y sobrenaturales a las que tan íntimamente está unida la alegría: generosidad, cordialidad, espíritu de sacrificio, simpatía, empeño por hacer la vida más amable a quienes están cerca...

Hemos de llevar esta alegría serena, resultado de tratar diariamente al Señor, a nuestro lugar de trabajo, a la calle, a las relaciones con los clientes, a quien nos pregunta por una dirección en una ciudad que le es desconocida... Muchos se encuentran tristes e inquietos y necesitan, ante todo, ver la alegría que el Señor nos ha dejado para ponerse ellos también en camino. ¡Cuántos han descubierto el sendero que lleva a Dios a través de la alegría cristiana, hecha vida en un compañero de trabajo, en un amigo...!

Este gozo cristiano es también el estado de ánimo necesario para el cumplimiento de las obligaciones propias. Y cuanto más elevadas sean estas, tanto más habrá de elevarse nuestra alegría[16]. Cuanto mayor sea nuestra responsabilidad (padres, sacerdotes, superiores, maestros...), mayor también la obligación de tener esa alegría para comunicarla. El rostro del Señor debía resplandecer de alegría, y su paz se manifestó incluso en su Pasión y Muerte. También en esos momentos quiso darnos ejemplo para que le imitáramos si el camino de la vida se nos hiciera cuesta arriba.

El recurso a Nuestra Madre Santa María –*Causa nostrae laetitiae, Causa de nuestra alegría*– nos permitirá encontrar fácilmente el camino de la paz y del gozo verdadero, si alguna vez lo perdemos. Enseguida comprenderemos que esa senda que conduce a la alegría es la misma que lleva a Dios.

**1** *Antífona de entrada. Sal* 104, 34. — **2** *Ioel* 2, 21-23. — **3** *Flp* 4, 4 . — **4** Cfr. Santo Tomás, *Suma Teológica*, 2-2, q. 28, a. 4, — **5** San Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 795. — **6** San Gregorio Magno, *Moralia*, 1, 31, 31. — **7** *Prov* 25, 20. — **8** San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 666. — **9** *2 Cor* 7, 4. — **10** *Mt* 22, 34-40. — **11** Santo Tomás, *o. c.* 2-2, q. 28, a. 3. — **12** Cfr. *Jn* 16, 22. — **13** Santa Teresa, *Fundaciones*, 5, 10. — **14** *Salmo responsorial. Sal* 17, 2-4; 47; 51. — **15** Cfr. San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 22. — **16** Cfr. P. A. Reggio, *Espíritu sobrenatural y buen humor*, p. 24.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.